

Clandestino: una historia del siglo xx

José Woldenberg

La historia del siglo xx sería incomprendible sin lo que de manera genérica se llamó el movimiento comunista. Una ola de organizaciones, iniciativas, movilizaciones y ensueños que modelaron buena parte del ambiente cultural, anímico e intelectual. Su meca fue la Unión Soviética, presuntamente la Primera Revolución Socialista triunfante destinada a erradicar la desigualdad de la Tierra. Hoy, sin embargo, conocemos el desenlace y podemos observar con distancia y una cierta frialdad lo que sucedió: al suprimir las libertades en nombre de un proyecto que se pensaba superior, lo que se construyó fue una pirámide totalitaria que oprimió a millones de personas.

No obstante, creo que se puede hacer una distinción entre los comunistas que formaron parte de la nomenclatura de los mal llamados países socialistas y aquellos que militaron en países en los cuales los partidos comunistas fueron perseguidos, ilegalizados e incluso masacrados. En el primer caso, formaron parte de burocracias inclementes que a nombre de los trabajadores persiguieron y lapidaron a quienes se les opusieron e incluso a inocentes por el solo “delito” de no rendir un culto total a las directrices gubernamentales. En el segundo caso y de manera paradójica, sus esfuerzos coadyuvaron en muchos procesos a ampliar las libertades y a crear mejores condiciones para la reproducción de la pluralidad política. Los casos de España y México, entre muchos otros, pueden ejemplificar lo dicho.

Pues bien, Maruan Soto Antaki, en su novela *Clandestino*, narra la historia de un militante comunista montado en ambos mundos. Es un niño que resiente los estragos de la Guerra Civil española, que emi-

gra con su madre y hermano a México, que se involucra en la militancia a través del Partido Comunista, que se convierte en una especie de agente soviético y que luego de vicisitudes varias observa cómo “su” mundo se desploma. El marco de la historia no puede ser más significativo: de la derrota de la República española —1939— al fin de la Unión Soviética —1989-1991—... y de los sueños y pesadillas que irradió. Se trata de los años de expansión, endurecimiento y decadencia de un proyecto político-cultural que ofreció a los “suyos” sentido de pertenencia y la idea de que se estaba del lado correcto y, más aun, ineluctable de la historia.

Se trata de un relato comprensivo—quizá demasiado comprensivo— de una época, unos afanes, una visión del mundo y de una idea del cambio social. A través de un personaje central —Ramón Costa—, sus dos amores —Laila y María—, y contactada a tres voces, entramos al túnel del tiempo de una época desaparecida —primero la del ascenso del fascismo, luego la de la Segunda Guerra Mundial y sobre todo al mundo bipolar que emergió de esta última—. Esos dos amores son Laila, refugiada palestina a la que Costa conoce en París y con quien ligará su vida, y María, una agente ucraniana soviética que le da protección y algo parecido al cariño. Esas relaciones —sobre todo con Laila— son las que modelan y acompañan al personaje central, y ellas son las que además lo observan, analizan, relatan. Son quizá las que pueden entenderlo y las encargadas de arrojar alguna luz sobre su vida. Y por ello Maruan Soto Antaki opta por un relato a tres voces que se entrecruzan, matizan y alimentan.

Ramón es huérfano porque luego de la guerra civil, la pandilla de facinerosos que se apoderó del país asesina a su padre, en una redada como muchas de las que produjeron en los años cuarenta. Cuando al final de la Segunda Guerra Mundial no se cumple la ilusión de que al triunfo de los aliados Franco —cómplice de las potencias del Eje— se desplomaría, la madre decide emigrar hacia México, en condiciones no sólo precarias sino “degradantes”. En Veracruz inician su nueva existencia y en el trayecto hacia la capital la madre conocerá a quien se convertirá en su nueva pareja. (Un capítulo que me recordó la novela de Jordi Soler, *Los rojos de ultramar*). Saldrá Costa huyendo de ahí para llegar, ya mayor, al D. F., en donde se sumará al Partido Comunista. Cumple tareas diversas incluyendo el paso de armas de Estados Unidos a Centroamérica. Sale del país hacia Praga, como estación intermedia en su viaje hacia Moscú, a fines de 1968, luego de la derrota del movimiento estudiantil. Ahí se convierte en el *továrichch* Ramón. Un agente que por diversos motivos aparecerá en París, Damasco, Madrid y Managua, hasta su regreso al D. F.

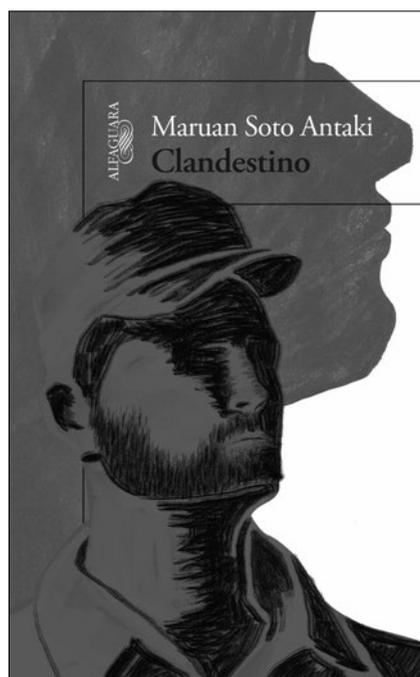
Un periplo demasiado epidérmico y anecdótico, que le resta potencia al relato. Mientras los capítulos sobre España, la migración o México no están exentos de entraña y ojo afinado, en los otros las referencias a la política son genéricas y las vicisitudes personales en ocasiones rocambolescas (como en Siria, en donde las autoridades lo creen un connacional y lo quieren obligar a cumplir con su servicio militar) o inerciales (como en Nicaragua). Mientras la irrupción de la Guardia Civil en la casa de los Costa, las reacciones de

la madre y los hijos, las noticias que llegan del juicio sumario y el fusilamiento y la imposibilidad de encontrar la fosa donde fue abandonado el padre, tienen el vigor de la tragedia que incluye a la indefensión, la estancia en Nicaragua a cargo de un diario sandinista, por ejemplo, no ayuda ni a la recreación de esa biografía ni a la reflexión sobre la misma.

Ramón es un hombre sin hijos. Un hombre que decidió no tener descendencia. No sólo porque en su calidad de “clandestino” le podría resultar contraproducente, sino porque la pérdida del padre, el fardo en el que se convierten los hijos para una viuda en búsqueda de refugio, se transformarán en una estela de aprensiones. “Esa noción que tienen las madres y algunos padres sobre sus hijos, esa angustia que provoca el dolor de ellos, sería la razón por la que el *továrishch* Ramón decidiera en su vida adulta nunca tener hijos. Sería demasiado para él... Aprendió a tratar con el dolor propio, no con el ajeno”. La visión de una mujer joven (su madre), sola, con una maleta y dos niños que la siguen (él y su hermano), cargando todo su patrimonio —con todo y las latas de mermelada—, hacia un destino que piensan promisorio, y por el que tendrá que pagar “el derecho de pernada” al capitán que los conduce a Veracruz, es quizá la vacuna que lo incapacita para continuar con la pesada reproducción de la especie.

Ramón es un exiliado. Un exiliado doble, permanente. De España a México y de México a la URSS. Estudia en la Universidad Patricio Lumumba, vive becado, conoce a otros estudiantes como él que han ido a la llamada Patria del Socialismo a capacitarse para “hacer la Revolución”. Recibe su adoctrinamiento, su canasta de certezas, sus signos de identidad. Y el Partido se convierte en su casa y su causa: el hábitat donde vivirá y actuará y la brújula que orientará sus acciones. Recibe un pasaporte ruso, una nueva identidad (Iván Voznesesky), forma parte de una nueva Patria. *La Internacional* será su himno y María su primera mujer. Es uno más de los que comulgan con una prometedora fe.

Laila, a la que encuentra en París, es también una exiliada: de Palestina. Había



sido enfermera en las alturas del Golán, estudiaba letras y se ganaba la vida modelando. Ramón y Laila se convierten en amantes, cómplices, espejos uno del otro. Vuelan a Damasco donde vive el hermano de ella, viajan por Siria, escapan hacia Madrid, defienden a la Revolución sandinista, funden sus vidas y comparten el naufragio. (Aunque ella nunca mantuvo la ilusión tan encendida como Ramón).

Si el escenario de la novela son varios países y cincuenta años del siglo XX, valdría la pena no inyectarle información imprecisa. Dar a entender que las Brigadas Rojas italianas recibían dinero soviético o que “controlaban parte del sindicalismo” es un fuego artificial innecesario. De la misma manera —creo— hacer aparecer como parte del elenco a personalidades que jugaron un papel relevante y controvertido en diversas circunstancias —Carmelo Cortés, Carlos El Chacal o Shafik Handal, respectivamente un compañero y luego adversario de Lucio Cabañas, un terrorista internacional y un líder prominente del Frente Farabundo Martí y del PC salvadoreño—, que aparecen sin demasiado sentido, como partes del paisaje, sin dejar huella, debilitan la narración. Y la vuelta de tuerca última, presentada como sorpresa —y que por ello no voy a develar— (me parece también un tanto gratuita (aunque por supuesto puede estar equivocado).

Vivimos una especie de presente perpetuo. Volver al pasado no es un resorte común. Y quizá por ello no somos capaces de evaluar lo que vivimos como una construcción —para bien y para mal— edificada a lo largo de los años. Pues bien, Maruan Soto Antaki se propuso explorar un mundo que ya no existe, que había llegado presuntamente para remodelar a la humanidad (¡pretensión de pretensiones!) y que sin embargo se desvaneció como “por arte de magia”. No obstante, muchas de sus pulsiones, entusiasmos, promesas, formas de ser y hasta alucines nos siguen acompañando y han dejado una profunda huella.

La novela inicia por el final. Cuando Ramón y Laila son conscientes de que lo que constituyó un proyecto de transformación universal está por convertirse en polvo. Frente al televisor ven, impotentes, transcurrir los acontecimientos que pondrán el punto último a una época de la historia. Costa “recordó la angustia del que no sabe qué va a pasar pero entiende que el fin está cerca. Como un condenado que ve lo inevitable y decide no taparse la cara frente al pelotón de fusilamiento”. Una purga difícil de digerir, un desenlace inesperado que casi nadie previó. Y ante el cual, en medio del pasmo y la desolación, el viejo militante no puede más que resignarse, si es que la palabra no contiene algunos gramos de aprobación. Sin causa, sin partido, sin un mundo dividido en dos, era “un párroco sin iglesia”. “Sólo le quedaba Laila”... A la que también perderá de una manera atroz.

Se trata de una historia de terror urbano. Laila, amante de los animales, intenta rescatar a un cachorro de las fauces de uno de esos perros criminales “entrenados por terratenientes sudamericanos para cazar esclavos” y que algunos tienen como mascota. Pero en el lance, la bestia embiste contra Laila hasta desfigurarla y herirla de muerte. Costa, entonces, la acompañará en el hospital hasta el desenlace. De tal suerte que la consumación de los relatos no puede ser más desoladora. Costa se queda solo. **U**

Maruan Soto Antaki, *Clandestino*, Alfaguara, México, 2015, 236 pp.